

No es *De senectute*, es de novela



Noé Jitrik

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Literatura Hispanoamericana. Buenos Aires. Argentina.

Recibido: septiembre de 2021
Aceptado: junio de 2022

Gonzalo Losada, un nombre que está inscripto en la calle Corrientes, en un local ancho y descreído que nada tiene que ver con él, creó una editorial hacia 1938. Había llegado a la Argentina unos años antes desde España, quizás cuando ya estaba aquí Amado Alonso trayendo la presencia del mítico Menéndez Pidal y había pasado fugazmente José Ortega y Gasset, como representante de la tradicional Espasa, que no se privó de emitir consejos y reconvenciones a la pujante pero acaso desordenada literatura argentina. Losada, por fin, hizo lo suyo, creó la editorial. Tuvo el tino de invitar a colaborar con él a Pedro Henríquez Ureña que se había instalado en 1925 y, complementariamente, de vincularse con escritores como Miguel Ángel Asturias —no hace mucho se recordaron las relaciones epistolares y personales que mantuvieron durante unos cuantos años—, Pablo Neruda y muchos otros. Su proyecto tenía dos avenidas, la imprescindible España y América Latina, y para ejecutarlo bastaba su dinamismo.

Pero, si consideramos la fecha en que la editorial nació, España se había convertido en una opción muy dramática: Losada era republicano y dio cabida a escritores que habían asumido la misma posición. Alguno, como el antiguo ultraísta Ramón Gómez de la Serna, llegado antes de la Guerra Civil, y Guillermo de Torre, que de inmediato entró a la editorial, fueron convocados lo mismo que, poco después, unos cuantos exiliados, una vez que la República fuera derrotada y Franco impusiera no solo un despotismo inilustrado sino una oportuna emigración: con García Lorca asesinado, Antonio Machado muriéndose en Colliure y Manuel Azaña en Montauban, las alternativas eran la entrega o la muerte.

Muchos escritores eligieron México, cuya política era receptiva, otros Puerto Rico, otros Cuba y, por fin, la Argentina. Sobre ese fenómeno se puede consultar el libro de Emilia de Zuleta, *Espanoles en la Argentina*, y varios trabajos de María del Carmen Porrúa; debe haber más. Entre los que llegaron aquí, seguramente no seré exhaustivo, puedo mencionar a Rafael Alberti, María Teresa León, Alejandro Casona, Jacinto Grau, Luis Jiménez de Azúa —gran jurista—, Claudio Sánchez Albornoz —qué puedo decir sobre tamaña figura—, Lorenzo Varela —que creó su propia editorial—, Arturo Cuadrado, Ramón Pérez de Ayala, a quien me voy a referir enseguida, y otros, larga

lista ya establecida y que incluye a actores y directores, incluso a futbolistas: aunque solo mencioné a Zuleta y a Porrúa la bibliografía es intensa, como fue intensa la presencia de los exiliados, muchos de los cuales se integraron a la cultura argentina. No es mi intención parafrasear lo que con gran precisión formularon de Zuleta y Porrúa, incluyendo músicos, como el gran Manuel de Falla y los hermanos Aguilar y los escritores que llegaron mucho después, como Manuel Lamana, que se vinculó igualmente con Losada como traductor. En alguna medida los conocí o los vi: me crucé muchas veces con Gómez de la Serna por la calle Florida: caminaba casi marcialmente seguido por su imponente mujer, Luisa Sofovich, en silencio, como midiendo las pisadas. Estuve con Alberti cuando lo invitamos a leer poemas en la Facultad y Lamana fue mi amigo durante muchos años, así como de todos los demás que componían mi mundo; cuando Lamana murió fui yo quien hizo la despedida en el cementerio de Chacarita. Vi a León Felipe en un histórico encuentro en El Casal de Cataluña, junto con Nicolás Guillén, Pablo Neruda y González Carbalho: leían con fervor poemas grandiosos, era el final de la guerra, todo estaba por recomenzar. Lo español estaba por todas partes, familiar y querido, la Guerra Civil había convocado más que la inmigración, que era cosa del pasado.

Todo este introito me envía a uno de los momentos más importantes de mi vida; sería cuando apenas había ingresado a la Facultad de Filosofía y Letras sin saber, acaso intuyéndolo, que estaba sellando mi destino. Uno de mis hermanos, con quien sin embargo mis relaciones eran poco fluidas, me sorprendió: decidió por las suyas, sin decirme nada —le debe haber parecido conveniente, una oportunidad— comprar en la editorial Losada una colección de quizás cincuenta libros llamada “Biblioteca Contemporánea”, creo que ese era el nombre, con su mueblecito y todo, y regalármela. Podría jurar que la selección había sido hecha por Pedro Henríquez Ureña, que ya me sonaba porque había estado en el Instituto de Filología de la Facultad, junto a Amado Alonso y ambos eran objeto de veneración, aunque entonces no había conocido su historia personal, si bien había leído su *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*; había sabido de su muerte un par de años antes en el tren que lo llevaba a La Plata. Cincuenta, o más de esos libros, o quizás un poco menos, de escritores españoles, todos del siglo XX. No lo podía creer, todo para mí. Los empecé a devorar: leí los de Juan de Mairena, de Machado, me fascinó la prosa recamada de Azorín, había un par de García Lorca, para qué los voy a enumerar, pero no puedo olvidar, porque viene al caso, dos, por lo menos, de Ramón Pérez de Ayala, *Troteras y danzaderas* y *Belarmino y Apolonio*. Además, Pérez de Ayala estaba o había estado en Buenos Aires aunque nunca lo vi, tal vez no duró mucho tiempo aquí.

No sé dónde fue a parar esa biblioteca, con mueble y todo, quizás conserve algunos títulos; sé que la llevé a una especie de semicilindro que habíamos hecho construir en las afueras de José C. Paz con León Rozitchner y donde pensaba que podría refugiarme y leer. El cilindro pereció, la biblioteca seguramente también pero lo que eso significó, España del corazón, perdura.

Todo eso vuelve porque, de pronto, reaparece entre mis libros uno de Pérez de Ayala, *Principios y finales de la novela*, de 1958, que no sé cómo vino a parar aquí y que nunca había leído. No sé por qué, acaso porque hace un tiempo escribí un breve ensayo sobre finales de novela, me atrajo, seguramente sería diferente a lo que yo había escrito; lo empiezo distraídamente a leer sin pensar en lo que me suscitó y que me lleva a detenerme en todo esto, una rara curiosidad. El libro reúne un conjunto de artículos que publicó en el *ABC* de Madrid entre 1952 y 1957, ya en España, donde regresó después de veinte años, como él mismo lo declaraba, de dar vueltas por el mundo, parte del cual fue Buenos Aires.

Supongo que su paso por Londres le permitió entrar en la literatura inglesa, como lo muestran varios artículos sobre algunos clásicos, Fielding, Richardson, Dickens, Carlyle y hasta Joyce, pero no me voy a detener en ellos, ni siquiera en esa prosa que le debe mucho al modernismo; interesado en los mecanismos de la novela no por eso entra en los secretos de la escritura pero tampoco se deja ganar por la fuerza de la representación, aunque pareciera sostener esa turbulenta verdad que, se suele decir, las buenas novelas aportan para la sana vida de la sociedad. Los artículos, fluidos y de articulado discurrir, tienen mucha fuerza, respira en ellos el narrador, siempre cuenta, ya sea sus observaciones pero también sus juicios y nunca falta en sus razonamientos lo que podríamos llamar la “independencia” del intelectual, crítico o mero comentarista; es más, tal independencia no es de dictámenes caprichosos sino de meditadas afirmaciones. Y, por el lado de la narratividad, u obedeciendo a las reglas u objetivos del medio en el que difunde sus juicios, un periódico, razona sobre los temas que toca como si quisiera seducir y al mismo tiempo mostrar. Sus opiniones tienen mucho de sentido común pero se puede advertir que se aproxima a muchas cuestiones literarias que van apareciendo a medida que razona y explica, como dirigiéndose a un público que lo puede compartir y digerir. En realidad, se trata de un modo de lectura que podría ser aprovechable pese a que son ideas sueltas, nunca con la intención de sistematizar. En suma, su modo de leer sugiere mucho, sensato y compartible, ajeno al lenguaje, jerga en muchos momentos, de corrientes críticas que ya habían apuntado en esos años sobre todo en Francia.

Declara Pérez de Ayala de entrada que la poesía es un género propio de jóvenes, la literatura dramática de niños y la novela de la madurez. Lo que en sus ensayos predominará es este último aspecto, la madurez, como casi requisito, lo cual, aunque admite brillantes excepciones, lo llevará a tratar de definir en qué consiste; de ahí las apelaciones a la reflexión, la observación, la experimentación y la objetividad; todo eso junto permitirá comprender, por lo tanto, el valor que una novela puede tener y su trascendencia; el *Quijote*, ejemplo socorrido, ilustra esta idea que se aplica a otras obras, igualmente interpretables por esta vía, no habría podido ser concebido ni escrito por alguien joven, sin mundo detrás. No es de extrañar, en consecuencia, que su libro remate con algunas reflexiones sobre la vejez, tal vez a partir de lo que le suscita su propia edad y el inevitable balance de su agitada existencia. Es quizás lo más interesante del conjunto, no es el *De senectute* ciceroniano ni el de Norberto Bobbio, sino aproximaciones ligadas seguramente a su experiencia de novelista y a su idea de la madurez. Vale la pena detenerse en el punto sobre el cual yo mismo escribí en algún momento.

Ideas sueltas, afirmaciones: el pasado es determinante, si se lo congela y se considera que se repetirá, que “no hay nada nuevo bajo el sol”, se perderá “firmeza, alegría, fe y esperanza” (son sus palabras), condiciones que parecen propias de la juventud, y la vejez aparecerá con sus tristes galas. No está mal: tales condiciones atenúan, amenguan lo que puede ser el futuro para el viejo, que se baña en lo irreparable, cosa que le pasa a cualquiera, sea caratulado como viejo o celebrado como joven que, en esa medida en nada se diferencian. No será viejo, entonces, quien conserve firmeza, alegría, fe y esperanza. Sin embargo, piensa, si la fuerza disminuye o desaparece y aparece el temor del final, para no ser viejo habrá que “desasirse” del propio futuro y seguir pensando en el futuro de un otro genérico, aunque no lo diga de este modo. Tampoco lo dice, lo digo yo, el erotismo brota cuando hay un otro, la alteridad es su savia y lo mismo la juventud.

Quizás el meditativo Pérez de Ayala se proyecta en estas consideraciones, en todo caso las ve cumplidas en otros que recuerda menos como homenaje que como ejemplo: el

inevitable Cervantes de todas las citas, Pérez Galdós, Juan Valera, Menéndez y Pelayo, aunque, omisión incalificable, olvide a Ramón Menéndez Pidal, insaciable curioso, trabajador infatigable. “Viejos son los otros” escribí alguna vez; el remoto y olvidado Pérez de Ayala, con su estilo un tanto conservador, me lo hace recordar y me lleva a imaginar una especie de limbo en el que vagan libremente tentativas y sentimientos que creemos que nadie, antes que nosotros, los emprendió y los pensó.